



## Comentario bibliográfico

**Fernando Pairican Padilla, *Toqui. Guerra y tradición en el siglo XIX* (Santiago de Chile: Pehuén Editores, 2020).**

*Emilia Riquelme Cortés*

*Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” –  
Universidad de Buenos Aires / CONICET*

*emilia.riquelme@gmail.com*

*Fecha de recepción: 13/06/2021*

*Fecha de aprobación: 25/06/2021*

**E**n las recientes elecciones en Chile, se decidió quienes serán las y los encargados de redactar una nueva Constitución para el país. Los comicios estuvieron marcados por una serie de hitos entre los cuales la elección de diecisiete escaños reservados para pueblos originarios es fundamental. Siete de esos escaños son para el pueblo mapuche, que contaba con un importante número de candidatos con trayectoria en el movimiento autonomista, así como también en la lucha medioambiental, la reivindicación del idioma, entre otros. Sin embargo, un elemento en común que tienen estos candidatos es reconocer lo crucial que fue la ocupación de la Araucanía en cuanto al ejercicio de la violencia de Estado contra los mapuche. Como afirma el autor del libro reseñado, Fernando Pairican, “si no se reconoce ese acto (la ocupación) y sus consecuencias, es difícil poder encauzar la conflictividad en torno a una vía democráti-

ca. Todas y todos los constituyentes mapuche lo sostienen para fundamentar sus argumentos políticos en torno a la autonomía”<sup>1</sup>.

Mencionar este escenario no es casual para presentar el trabajo de Pairican quien, desde los conflictos actuales que atraviesa el pueblo mapuche, se cuestiona sobre las luchas y resistencias históricas que ha desarrollado este pueblo que durante siglos ha enfrentado la constante embestida de un Estado colonizador —colonial primero, republicano después— que ha arremetido contra su gente y sus tradiciones. Esta embestida ha sido resistida de diversas formas.

En los últimos años una de las formas de resistencia se ha situado en el mundo académico, fomentando la producción editorial e incorporando discusiones que permiten revisitar procesos históricos desde la mirada indígena<sup>2</sup>. El libro de Pairican se inserta en esta renovación que es fundamental promover dentro de la academia, pues aunque mucho ha avanzado la historia social en diversos temas, aún seguimos analizando procesos históricos desde perspectivas que requieren revisiones y que hacen urgente incorporar al indígena como sujeto histórico activo y alejado de estereotipos construidos desde la mirada colonizadora. Cabe destacar que Pairican se ha preocupado no solo por integrar estos debates en el mundo de la investigación, sino también en la opinión pública, haciendo presente su militancia y compromiso con la causa.

Lo anterior hace que *Toqui. Guerra y tradición en el siglo XIX* sea un libro necesario y pionero en la relectura de la historia de Chile durante el siglo XIX. Su autor es parte de esta renovación histórica no solo por su militancia en la causa mapuche, sino también como historiador que, con todas las herramientas que le ha entregado la disciplina y un gran talento para la pluma, ha podido dar cuenta de esta “otra” historia. Esta investigación es fruto de su tesis de doctorado en la Universidad de Santiago de Chile (USACH).

Comprendiendo la importancia de la ocupación de la Araucanía como un hito en cuanto a la violencia ejercida por el Estado contra el pueblo mapuche, Pairican se propone entender las raíces

---

1 Fernando Pairican, “Una elección fundamental para la historia mapuche”, *Centro de Investigación Periodística*, 4 de mayor de 2021. Disponible en: <https://www.ciperchile.cl/2021/05/14/una-eleccion-fundamental-para-la-historia-mapuche/> Consultado el 13/06/2021

2 La Comunidad de Historia Mapuche ha sido clave en esta producción que se viene desarrollando en el último tiempo, consolidando un espacio de producción intelectual muy interesante.

de los sucesos políticos que derivaron en esta ocupación a fines del siglo XIX, indagando en la mentalidad de los liderazgos mapuche que se opusieron a la expansión de la república chilena, particularmente de Mañilwenü (p. 17). Para cumplir este propósito examina el período previo a la ocupación, comenzando su relato en la denominada “Guerra a Muerte” que implicó la inserción del mundo mapuche en una confrontación entre criollos a partir de 1818 poniendo en evidencia que, desde aquel momento, se desarrollaron pactos, alianzas y contraalianzas que influyeron en la dinámica política a mediados del siglo XIX. Este proceso coincidió con la incorporación de la economía mapuche a la dinámica de las relaciones capitalistas en la década de 1850, generando una tensión entre la oligarquía de Concepción y su proyecto de expansión sobre el Fütalmapu y los liderazgos mapuche que se vieron en la disyuntiva de pactar o resistir dicha expansión.

El autor cuestiona, y con mucha razón, que se pueda construir una historiografía sobre los pueblos indígenas solamente desde una mirada no indígena. Por tanto, su obra rescata elementos fundamentales para comprender la cosmovisión mapuche como son la tradición y la costumbre. Estos elementos operan como ejes en el texto.

Basándose en la tesis de Rolf Foerster, el autor se pregunta si un pacto significa sumisión o también puede comprenderse como un acto de resistencia. Su hipótesis es que la resistencia mapuche en el siglo XIX “fue una defensa de la tradición y las costumbres desplegadas a lo largo de las relaciones fronterizas” (p. 19), destacando que las parcialidades indígenas, así como combatieron, también cooperaron y coexistieron con el mundo criollo.

A su vez, evidencia que estas relaciones no eran estables ni con los criollos ni entre las mismas parcialidades, pues muestra las pugnas existentes entre los liderazgos indígenas, fundamentales para comprender a los mapuche más allá de miradas monolíticas —y equivocadas— y poder analizarlos como sujetos con conflictos, que así como resistían la embestida criolla podían a su vez negociar y apoyar al enemigo, cambiando sus estrategias y trayectorias según las circunstancias que enfrentaban. Esta mirada permite romper con viejas visiones sobre la política mapuche y, al mismo tiempo, se aleja de ideas que puedan suponer un estudio que esencializa a estos sujetos, lo que da cuenta de un abordaje crítico que le entrega aún más consistencia al planteamiento del autor.

Al hacer confluír los conceptos de “tradición” y “guerra” —presentes en el título del texto—, el autor rescata una idea primordial: que la guerra era un mecanismo más entre otros utilizados por los mapuche como respuesta a un conflicto, poniendo en evidencia que la negociación era elemental para dirimir conflictos basándose en la tradición de parentesco para generar alianzas. Este planteamiento abre un camino para desmitificar una idea que está muy arraigada en la historiografía chilena —y en la sociedad en general— sobre los mapuche como un pueblo primordialmente guerrero. Deconstruir relatos e ideas establecidas es uno de los principales aportes de este texto, dando cuenta de que la política mapuche estuvo más bien centrada en negociaciones y estrategias de resistencia pacífica y no fue intrínsecamente bélica.

En términos metodológicos, el autor decide narrar esta historia desde una mirada invertida, mirando desde el Fütalmapu hacia el Valle Central —que denomina Norte—, dejando en claro que esta estrategia permite ir más allá de explicaciones que han puesto el foco en el centro, dejando lo sucedido en la periferia como secundario y anexo. A pesar de esta prevención que hace el autor, muchas veces el libro termina narrando desde el Norte hacia el Fütalmapu, pero no por eso pierde el foco en los sucesos al sur del Biobío como eje en esta historia. A su vez, es importante destacar que revisitando fuentes desde la estrategia metodológica de “lectura a contrapelo” e influido por los estudios subalternistas de la India, imprime una nueva mirada a este proceso histórico.

El texto comienza con una introducción que enmarca y contextualiza la obra, mostrando además lo contemporáneo del debate sobre el tema mapuche, reconociendo que “este trabajo es el resultado de la gran revuelta indígena contemporánea (1990-2003) y se vincula a los debates políticos, intelectuales e historiográficos”<sup>3</sup> (pp. 17-18).

Para comprender elementos centrales de este relato, el autor comienza el primer capítulo, titulado “El Toqui”, con la biografía de quien lo encarna: Mañilwenü<sup>4</sup>. Esta biografía permite adentrar al lector en una serie de tradiciones mapuche fundamentales para comprender el argumento del texto, como es, por ejemplo, la importancia de las alianzas a través del parentesco. La elección

---

3 El autor ha trabajado el movimiento mapuche contemporáneo en: Fernando Pairican, *Malón. La rebelión del movimiento mapuche, 1990-2013* (Santiago de Chile: Pehuén Editores, 2014).

4 *Toqui* es un jefe militar que asume de forma temporal la situación política y militar. Es electo en consejo y para llegar a serlo debe mostrar capacidad política y militar, pero también un respaldo social.

de este liderazgo no es azarosa y se logra comprender perfectamente a lo largo de la lectura del libro. Esta estrategia metodológica, que combina la biografía con la interpretación de fuentes sobre las tradiciones, no solo es atractiva y de fácil comprensión, sino que resulta muy pertinente para dar a conocer elementos centrales de la obra que, de haber sido explicados con notas al pie o como definiciones, habrían resultado menos enriquecedoras. Sin duda, un acierto metodológico que permite comprender el relato cronológico con el que continúa la obra.

En el segundo capítulo, “Los Restauradores”, el autor se adentra en la denominada “Guerra a Muerte”, enmarcando el proceso desde los levantamientos mapuche hasta el cierre de las negociaciones de éstos con los patriotas en 1825. En este apartado se vislumbra cómo se involucraron los mapuche en este conflicto. El autor explica por qué una parte de ellos mantiene su alianza con los monarquistas<sup>5</sup>, como el caso de Mariluan y Mañilwenü, refiriéndose a ellos como “mapuche restauradores” por su defensa a la mantención de los pactos coloniales que, entre otras cosas, situaban la frontera entre criollos y el Fütalmapu en el río Biobío. En oposición a los restauradores aparecen los “mapuche criollos” que se aliaron con los chilenos republicanos quienes desde muy temprano pusieron en marcha una “política indígena” entendiendo la importancia de aliarse a las parcialidades para tener la correlación de fuerzas a su favor. Lo interesante de reconocer estas disputas es que las mismas continúan una vez terminada la guerra.

Un tema que el texto no abarca pero que podría considerarse en futuras investigaciones —y que apunta a un interés personal— se relaciona con examinar los vínculos que se tejieron entre criollos pobres y mapuche durante y tras el fin de la “Guerra a Muerte” que se desarrollaron principalmente en el espacio cordillerano, traspasando la frontera del actual territorio chileno y ampliando sus redes de movilización hacia las pampas. Los trabajos de Carla Manara, Daniel Villar y Juan Francisco Jiménez son una buena base para pensar sobre estos temas<sup>6</sup>.

---

5 La agencia indígena mapuche durante la “Guerra a Muerte” ha sido trabajada por Joanna Crow y Juan Luis Ossa, “¿Indios seducidos? Participación político-militar de los Mapuche durante la restauración de Fernando VII, Chile, 1814-1825”, *Revista Universitaria de Historia Militar* 15 (2018): 39-58.

6 Carla Manara, “Movilización en las fronteras. Los Pincheira y el último intento de reconquista hispana en el sur americano (1818-1832)”, *Sociedades de paisajes áridos y semiáridos* 2 (2010): 39-60; Juan Francisco Jiménez, “De malares y armas de fuego. Guerras intra-étnicas y transformaciones en la tecnología bélica en Araucanía y las Pampas (1818-1830)”, en *Relaciones inter-étnicas en el Sur bonaerense 1810-1830*, ed. Daniel Villar (Bahía Blanca: Departamento de Humanidades, Universidad Nacional del Sur/ IEHS, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1998), 47-78; Juan Francisco Jiménez, “*Se envalentonan con el apoyo de algunos indios.*”

El capítulo 3, “Los Conquistadores”, narra con mucha claridad cómo luego de las negociaciones y de los pactos acontecidos en años anteriores —y con los republicanos conservadores en el poder— existió un cambio de estrategia de los chilenos, dando cuenta de una etapa que puede ser entendida como “conquista”. Este capítulo relata la formación del Estado nación desde una óptica distinta, analizando la agencia mapuche y la mirada que de ellos fueron construyendo las elites gobernantes, quienes apelaron a diversas fórmulas para instalar una idea de mapuche civilizado heroico con los cuales, además, se podía negociar, poniendo como ejemplo de ello a Kolüpi como cacique gobernador, en contraposición a los restauradores como Mañilwenü. La relevancia dada a la figura de Kolüpi como principal aliado de los republicanos fue fundamental para que estos ingresaran al territorio indígena a poner en práctica su “política indígena”, pero siempre teniendo que enfrentar la resistencia de Mañilwenü, quien no solo apeló a la insurrección y al ataque sino que también invitó a negociar tanto a los mapuche criollos como a los chilenos e incluso permitió que criollos pobres ocuparan tierras para vivir y sembrar. El autor destaca que un hito fundamental para la conquista del Fütalmapu fue la creación en 1852 de la provincia de Arauco, ya que concretizó los primeros ensayos del colonialismo que concluyó en 1883 e insertó a la elite en un contexto mundial de expansión capitalista (p. 109); sin embargo, aunque era un avance para los conquistadores, el plan original era otro: “esperaba(n) construir una macro reducción territorial en el Departamento de Lautaro, en el río Biobío y el Toltén” (p. 139), pero la insurrección encabezada por Mañilwenü modificó el plan original y “los conquistadores decidieron (...) desmembrar los territorios rigurosamente fronterizos y, de ese modo, ocupar por espacios hasta consolidar su dominación” (p. 168).

Sin duda, un apartado fundamental en este relato es el capítulo 4: “La Mapuchería”. En él se alza con fuerza la figura del *toqui* que guía esta historia: Mañilwenu, que en 1852 se empina como líder absoluto del Fütalmapu. El autor denomina “mapuchería” a la resistencia mapuche frente a la expansión del Norte, la cual cohesionaba varias parcialidades y cuyo rostro visible fue precisamente Mañilwenü, pero que se extendería allende los Andes gracias al pacto de este último y Kall-

---

Síntesis de las tecnologías bélicas nativas e hispano-criollas durante la *Guerra a Muerte (1821-1826)*”, en *Conflictos, negociaciones y comercio durante las guerras de independencia latinoamericanas*, ed. Raúl Fradkin (Piscataway: GorgiasPress, 2010), 257-287.

fükurra. Pairican sostiene que la mapuchería conformó un contra poder político, económico, social e ideológico (p. 24), en el cual fue fundamental el uso del parentesco, las relaciones fronterizas y el análisis político que los liderazgos realizaron del contexto que se vivía. En este apartado se observa la maquinaria que apuntaba desde el Norte a la ocupación del Fütalmapu y que se pone en marcha con todos los recursos disponibles (religiosos, militares y políticos) a pesar de los diversos conflictos que la elite enfrentaba en aquellos momentos. Se consolidó, por tanto, una nueva “política indígena”. Los mapuche criollos, que habían sido inicialmente funcionales para la conquista, se unificarán en torno a los anhelos de los restauradores de los pactos coloniales luego de verse engañados y marginados por los chilenos, preparándose para la inevitable confrontación contra una expansión que amenazaba las tradiciones y las costumbres.

El último capítulo de esta historia, “El Fütamalon”, gira en torno a la muerte de Mañilwenü y da cuenta de los últimos años de la resistencia. Los conquistadores mostraron toda su fiereza dotando a la División Expedicionaria de la Araucanía para detener la ofensiva mapuche, división que era una máquina de expansión militar e ideológica. Esta vez, la negativa a negociar y la brutal violencia ejercida por los chilenos durante el gran levantamiento hicieron que muchas *lanzas* decidieran dejar de combatir. Luego de varias arremetidas en el Fütalmapu, donde quemaron *rukas*, mataron ancianos, mujeres y niños, se firmó un armisticio que, lejos de ser un parlamento como quería demostrar la elite, evidenció que efectivamente la ofensiva mapuche había decaído. No fue una confrontación equilibrada. La guerra golpeó la columna vertebral del sistema social mapuche. En 1860, Mañilwenü volvió a convocar una insurrección. La mayoría no apoyó el plan. Los chilenos vieron el momento de continuar. La muerte de Mañilwenü marcaba el fin de una época y el inicio de otra (p. 260). Comenzaría el violento proceso de la ocupación de la Araucanía.

En sus reflexiones finales, el autor refuerza la idea que se puede comprender a lo largo del libro: aunque la elite logró avances sobre el Fütalmapu, no consiguió consolidar su proyecto original de conquista, pues la maquinaria política del sistema social mapuche logró, a través de diversas estrategias, detener el proyecto original de conquista obligando al Norte a negociar. Entre 1818 y 1861, los mapuches resistieron a la expansión con el fin de mantener en libertad al Fütalmapu. Éstos no solo utilizaron la guerra, sino que también decidieron forjar acuerdos para que se respetasen los límites firmados por sus antepasados; la insurrección fue la decisión política final,

pero estuvo antecedida de un sinnúmero de negociaciones que obligaron a los chilenos a ceder en sus ideas iniciales de avance hacia el territorio indígena.

El principal aporte de *Toqui. Guerra y Tradición en el Siglo XIX* es la riqueza que entrega la autoría de Fernando Pairican, quien no solamente tiene herramientas como historiador para dar cuenta de esta historia, sino también una perspectiva militante que considera aspectos que muchas veces la disciplina ha pasado por alto. Centrarse en el período conservador chileno, y particularmente en contingencias como las de 1851 y 1859, saliendo de la óptica que releva el conflicto de la elite y poner el foco desde la frontera hacia el centro, es algo que el autor logra muy bien.

El trabajo de Pairican resulta muy interesante en tanto, utilizando fuentes que han sido consultadas anteriormente por la historiografía, logra plasmar un enfoque alejado del discurso colonizador y rescatar las prácticas y tradiciones mapuche que entregan una particular riqueza al libro. A su vez, el uso de fuentes secundarias producidas en Argentina por reconocidas investigadoras como Silvia Ratto e Ingrid de Jong evidencia el interés del autor por recuperar una mirada que incorpore planteamientos discutidos al otro lado de la cordillera, elemento fundamental al estudiar la historia del pueblo mapuche, ya que, tal como se aprecia en el texto, Fütalmapu y las relaciones que se tejían en él traspasaban los límites de los nacientes estados nacionales.

El libro es de lectura liviana, fácil de comprender y perfectamente abordable para cualquier persona, punto especialmente favorable en la importante tarea de divulgar una historia tan necesaria como la contada por Pairican. Sin duda, la ocupación de la Araucanía y sus antecedentes son procesos que deben volver a mirarse y comprenderse, pues mucho de aquello marca la relación entre mapuche y chilenos hasta la actualidad.

Probablemente, muchos temas que aborda este texto pueden discutirse a la luz de nuevas investigaciones centradas en períodos de tiempo más limitados, pero, sin duda, sus provocadores planteamientos invitan a entrar en discusiones desde nuevas ópticas que enriquecerán aún más la investigación. Temas como el rol de la mujer en la economía mapuche, las disputas que provocó la colonización “desde abajo”, el rol de la elite regional en la ocupación e incluso el manejo de la “política indígena” y sus intermediarios, son temáticas que pueden trabajarse en profundidad en otras investigaciones y que permitirán discutir y nutrirse de muchos planteamientos del autor.



Desde luego, el texto no zanja todas las aristas sobre los elementos y fenómenos que abarca —tampoco se lo propone—, pero abre un camino que debe transitarse e invita a realizar nuevos y necesarios cuestionamientos y relecturas.

Por último, el trabajo de Fernando Pairican demuestra que es posible realizar una historia que no por militante es menos rigurosa. Proponer un estudio que mire desde lo indígena a lo chileno es una deuda que la historiografía aún tiene pendiente y que, gracias a propuestas como ésta, es una tarea que está empezando a construirse. La invitación a seguir mirando la historia desde estas nuevas perspectivas debiese alentar tanto las futuras investigaciones como las discusiones dentro y fuera de la academia.